

LOS PROBLEMAS DE LATIKA (1)

Por **Goldie Down**

EL DIRECTOR está enfermo y la secretaria dirigirá la escuela sabática -nos anunció el traductor cuando llegamos a la iglesita construida con cañas de bambú.

Y mientras nosotros nos dirigimos a nuestros asientos, el traductor, un hombre de baja estatura, se atusó los bigotes cortos y negros en una forma que le era muy particular, y luego salió trotando hacia el armonio para ocupar allí su lugar.

Pero cuál no sería nuestra sorpresa al comprobar que la secretaria era una jovencita india que subió a la plataforma y ocupó su lugar detrás de la mesa. En la India, por timidez, las niñas de aldea generalmente no hablan en público. Pero esta niña de 16 años colocó sus libros sobre la mesa y anunció el himno de apertura, aunque lo hizo en voz muy baja.

El viejo armonio resopló dando la nota, y lo acompañaron dos pequeños tambores y un par de címbalos de bronce. Entonces la congregación se levantó para cantar. Nosotros también hicimos nuestra parte tratando de unirnos lo mejor que pudimos en aquellas palabras que no comprendíamos. Uno de los hombres de la congregación ofreció la oración, y la secretaria leyó la historia misionera. Lo hizo en voz baja e inexpresiva. Evidentemente se sentía cohibida por nuestra presencia. Pero de todas maneras lo hizo, y luego anunció el repaso y el estudio de la lección, el himno de clausura y la oración final; y todo fue hecho debidamente.

Como el idioma no me permitía entenderme directamente con ella, me dirigí al traductor y le pregunté quién era esa niña.

-¡Ah, sí! -dijo cerrando los ojos y atusándose de nuevo los bigotes-, es una buena niña pero tiene un problema muy grande.

-¿Cuál es? -pregunté.

-¡Oh, es una larga historia! al decirlo hizo toda clase de ademanes.

Cuénteme -insistí.

El hombre se irguió cuan alto era y se abotonó la chaqueta negra que ceñió la angosta falda que llevaba a manera de pantalón. Se compuso la garganta como para impresionar más, y comenzó:

-Esa niña es la hija de un hindú. Sus padres no son cristianos. Cuando tenía unos ocho años, tuvo una discusión con su madre, y las dos se gritaron. En un arrebato de ira, la niña huyó de la casa, que era una choza sucia de los barrios bajos de la ciudad, y salió corriendo sin saber a dónde iba. Cuando llegó la noche, estaba perdida. Aunque lo hubiera querido, no podría haber hallado el camino de regreso a la casa. Angustiaada, se acurrucó junto a un arbusto, y comenzó a llorar amargamente. En ese momento una mujer descendió del ómnibus.

-¿Qué pasa, muchacha? -le preguntó la bondadosa mujer india, que era cristiana.

Latika, que ése es el nombre de la niña, entre sollozos le contó la historia. Aunque la mujer procuró por todos los medios encontrar el hogar de Latika, no pudo hacerlo, porque la niña no sabía ni el nombre de la calle ni el del barrio donde vivía. Probablemente durante toda su vida nunca se había alejado de su choza más que la distancia que mediaba entre ella y el puesto más cercano del vendedor de arroz. De manera que ahora no le quedaba otro remedio que ir con esta mujer que la había encontrado y vivir en



su casa, que quedaba en una aldea cercana

En todo el relato el traductor revolvía los ojos y gesticulaba continuamente con las manos y los brazos. A veces me he preguntado si un indio [de la India] sería capaz de hablar si le amarraran las manos detrás de la espalda.

-¿Y entonces? -inquiri.

-Esa mujer es cristiana, ¡y qué cristiana! Además de tener un buen corazón, es muy inteligente. Ella tiene sólo un hijo, y es lisiado. De modo que una niña, aunque no tenga más que ocho años, puede ser muy útil en una casa. Latika fue tratada muy bondadosamente y llegó a amar a sus padres adoptivos. Efectuaba alegremente las tareas de la casa que por lo general le toca hacer a una hija. Al mismo tiempo asistía a la escuela de misión, donde esa mujer enseñaba, y progresó satisfactoriamente en sus estudios.

-¿Cuánto hace que pasó todo eso? -pregunté.

El hombre contó con los dedos.

-Ahora está en el noveno grado. Puede haber ocurrido hace unos ocho o nueve años. Pero ahora está frente a un gran problema. Y ha venido a consultarme.

Su padre, el verdadero padre, el hombre pagano, ha dado la descripción de su hija a la policía, y ésta la está buscando. Cada vez que Latika va a la escuela teme que la policía la descubra, o que su padre se entere de su paradero. Desde hace varios meses ha estado asistiendo a nuestras reuniones, y se bautizó. Pero si regresa a la casa tarde de una reunión, su madre adoptiva la acosa a preguntas: '¿Dónde has estado? ¿Con quién has hablado?'

-¿Y su padre adoptivo? -pregunté.

-Es un hombre bueno -afirmó el traductor, reforzando lo que decía con un movimiento de cabeza-. El también asiste a nuestras reuniones y quisiera bautizarse. Pero él no puede hacer nada por sí mismo, porque es un hombre anciano y no trabaja. La mujer es la que sostiene la casa. Ella es directora de la escuela. El hombre debe hacer lo que ella dice. Pero eso no es todo. Hay otro problema.

-¿Qué más? ¿Le ha hablado Ud. a esta niña de la posibilidad de ir a una de nuestras escuelas de internado?

-Sí, le he dicho: "Escápate y ve a nuestra escuela. Eso no sería malo si quisieran que hagas eso otro". Pero ella dice:

"¿Cómo puedo abandonarlos siendo que han sido tan buenos conmigo!" Pero todos los días viene muy angustiada a preguntarme: "¿Qué puedo hacer?"

-¿Qué es lo que ellos quieren que ella haga? -pregunté muy intrigada.

El hombrecito se irguió y sacó pecho, se atusó los bigotes e hizo una pausa con el fin de prepararme para recibir la tremenda noticia. Yo la esperé.

-Ellos quieren -dijo él retorciéndose furiosamente el bigote-, ¡quieren que Latika se case con su hijo lisiado!

¡Ese era el problema! Quedé estupefacta.

-¿A su edad? -dije boquiabierta-. ¡Eso es ilegal!

-¡Por lo que a ellos les importa la ley! Para estos aldeanos, si la niña tiene 18 años o no, a ellos no les

interesa.

-Ud. manténgame informada de lo que ocurre -le dije muy resuelta-, y yo me cuidaré de que las autoridades estén informadas.

El traductor se rió alegremente y se frotó las manos, pero al instante se puso nuevamente muy serio.

-¡El hijo es tan lisiado! -y doblando los brazos, las manos y los dedos trató de mostrarme la condición física del pobre joven-. No puede caminar, no puede sentarse.

-Y no obstante ellos quieren casar a esta hermosa niña con él -dije indignada. Y supongo que no será cristiano. Si él fuera un verdadero cristiano, y ella lo amara, quizá no sería tan malo.

El traductor sonrió maliciosamente.

-Ellos son inteligentes. Si casan a esta niña con cualquier otro joven, la costumbre requiere que le den una buena dote. Tendrían que darle parte de su campo. Pero si la casan con su propio hijo, entonces todo queda en familia.

Ahora comprendí.

-Además, si ella se casa y el padre hindú la encuentra, sería demasiado tarde. No puede llevarla de vuelta -añadió él.

-Ud. debe hablarle de nuevo y procurar que vaya a la escuela.

En dos años más podría ir a nuestra escuela de enfermeras, o prepararse para enseñar. Para entonces habría adquirido una preparación y podría trabajar y ayudar a sostener a sus padres adoptivos. Hable con ellos y explíqueles eso. Indudablemente que esa posibilidad podrá interesarles.

-Por cierto -prometió enseguida el hombre-. Hablaré con ella. Tenemos que sacarla de aquí. Ellos deben dejarla ir.

Y ésta es, mí querido lector, la historia de Latika que oi hace sólo unas horas. Únicamente Dios puede resolver sus problemas.